

I. DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL SIGLO XIX.

I.1. HISTORIOGRAFÍA EN LA ANTIGÜEDAD.

I.1.3. Tito Livio justifica la redacción de su Historia de Roma (*Ab urbe condita libri*).

No sé bien si haré algo que valga la pena relatando la historia de Roma desde los orígenes de la ciudad y, si lo supiera, no me atrevería a decirlo, puesto que me parece que el tema es viejo y conocido, en tanto que constantemente nuevos historiadores confían aportar a los hechos documentación más segura o aventajar con el arte de la palabra la rudeza de los antiguos. De cualquier modo que fuera, no obstante me agrada haber contribuido también yo según mis medios al recuerdo de las hazañas del pueblo más grande de la tierra; y si entre tan numerosa muchedumbre de historiadores mi renombre quedase en la oscuridad, me consolaré con la fama e importancia de los que impiden mi celebridad. La empresa requiere además un inmenso esfuerzo, puesto que se remonta a más de setecientos años y, habiendo partido de unos comienzos muy modestos, ha crecido hasta el punto de que ya sucumbe bajo el peso de su propia grandeza. Más aún, a la mayoría de los lectores no dudo que los primeros orígenes y los acontecimientos inmediatos a los orígenes habrán de suscitarles menos interés, teniendo prisa por llegar a estos tiempos recientes en los que se agotan las fuerzas mismas de un pueblo muy poderoso desde hace tiempo. Por el contrario, yo obtendré también este premio de mi trabajo: desviar mi atención al examen de las desgracias que nuestra época ha contemplado durante tantos años, cuando menos en tanto que me aplico reflexivamente a todos aquellos acontecimientos antiguos, libre de toda preocupación que pueda inquietar el ánimo del escritor, aunque no apartarlo de la verdad.

Los acontecimientos que se narran anteriores a la fundación de Roma o de que se tuviese la intención de fundarla, realizados por las leyendas poéticas más que por los documentos auténticos de las hazañas, no está en mi ánimo confirmarlos ni refutarlos. Se otorga a la antigüedad el privilegio de hacer más augustos los orígenes de las ciudades mezclando las acciones humanas con las divinas; y si a algún pueblo es menester permitirle divinizar sus orígenes y vincularlos a la intervención de los dioses, el pueblo romano posee tal gloria militar que, cuando atribuye por encima de todo a Júpiter su nacimiento y el de su fundador, el género humano consiente esto de buena gana, lo mismo que su dominio.

Pero a estos hechos y otros semejantes a éstos, de cualquier manera que se observen o juzguen, sin duda alguna no les otorgaré gran importancia: a mi parecer, cada cual por su parte debe poner su atención con empeño en la vida y las costumbres del pasado, mediante qué hombres y con qué artes en la paz y en la guerra se creó y engrandeció el Imperio; luego, al debilitarse gradualmente la disciplina, debe seguir con el ánimo una especie de debilitamiento de las costumbres primero, después como una degeneración de ellas cada vez mayor, finalmente el comienzo de su caída hasta llegarse a nuestros días, en que no podemos consentir nuestra corrupción ni sus remedios. Esto es sobre todo lo saludable y fecundo en el conocimiento de los hechos: que contemples ejemplos de todo tipo apoyados en ilustres testimonios; ahí debes encontrar modelos que imitar en tu beneficio y en el de tu país, ahí acciones vergonzosas en su comienzo y en su final que evitar.

Por lo demás, o me engaña la pasión por el trabajo emprendido, o nunca hubo Estado alguno mayor, más augusto y más rico en buenos ejemplos, ni ciudad en la que infiltrasen más tardíamente la avaricia y la lujuria, ni donde existiese tan profundo y por tan largo tiempo el respeto a la pobreza y a la economía. Hasta tal punto que, cuanto menos se poseía tanto menos se deseaba. Pero recientemente las riquezas han acarreado la avaricia; y la abundancia de placeres, el deseo de perderse y de perderlo todo por mediación del lujo y del desenfreno. Pero nada de lamentaciones, que ni siquiera habrán de ser agradables cuanto tal vez sean necesarias, en el comienzo de la obra indudablemente tan grande que voy a emprender. Si hubiese la costumbre también entre nosotros, como entre los poetas, de buena gana empezaríamos mejor con buenos presagios, votos y súplicas a los dioses y a las diosas, para que nos concediesen mejor éxito a la actividad nada más comenzada”.

TITO LIVIO, *Los orígenes de Roma*. (Libros I-IV), Prefacio. Edición de Maurilio Pérez González. Madrid. Akal (col. Akal/Clásica), 1989, págs. 63-65.

(ECM)